

ISSN 1852-8783

SOCIEDADES de PAISAJES ÁRIDOS y SEMI-ÁRIDOS

*Revista Científica del Laboratorio de Arqueología
y Etnohistoria de la Facultad de Ciencias Humanas*

Año III / Volumen IV / Junio de 2011



Universidad Nacional de Río Cuarto

REVISTA SOCIEDADES DE PAISAJES ÁRIDOS Y SEMIÁRIDOS

Año III / Volumen IV / Junio de 2011

Directoras

Ana María Rocchietti / Marcela Alicia Tamagnini

Comité Editor

Secretario: Juan Manuel Chavero
Alicia Lodeserto, Ernesto Olmedo, Graciana Pérez Zavala, Flavio Ribero

Consejo de Redacción

Yanina Aguilar, Yoli Martini, Martha Villa, Laura Gili, Martha Tigier

Colaboradores

Paula Altamirano, José Luis Torres, Daniela Castro Cantoro, Gustavo Torres, Mariano Yedro, Arabela Ponzio, Germán Sabena, Mauricio Saibene

Comité Científico

Antonio Austral (Universidad Nacional de La Plata), Rafael Curtoni (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires), Alejandro García (Universidad Nacional de San Juan), Emilio Eugenio (Universidad de Buenos Aires), Rolf Foerster (Universidad de Chile), Facundo Gómez Romero (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires - CONICET), Arno Álvarez Kem (Universidad Federal de Porto Alegre, Brasil), César Gálvez Mora (Instituto Nacional de Cultura, Departamento de La Libertad, Perú), Carlos Pérez Zavala (Fundación Intercambio Cultural Alemán-Latinoamericano, Río Cuarto), Víctor Pimimchumo (Instituto Nacional de Cultura-Dirección Regional de Cultura, La Libertad, Perú), Raco Fernández (Investigador Auxiliar Instituto Cubano de Antropología, Grupo Cubano de Investigaciones de Arte Rupestre), Ludgarda Reyes (Universidad Privada Franz Tamayo, Perú), Tom Dillehay.

Evaluaron este volumen

Margarita Gascón (CONICET - INCIHUSA, Mendoza, Argentina), María Mercedes González Coll (Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina), Pablo Pozzi (Universidad Nacional de Buenos Aires), Teresa Vega (Universidad Nacional del Comahue), María Teresa Boschín (Centro Nacional Patagónico - CONICET), Juan Mauricio Renold (Universidad Nacional de Rosario - CONICET), Mirta Bonnin (Universidad Nacional de Córdoba), Liliana Barela (Directora General de Patrimonio Cultural e Instituto Histórico - Subsecretaría de Patrimonio Cultural. Ministerio de Cultura), Inés Farias (Encargada Archivo Franciscano «Padre José Luis Padros», Río Cuarto), Mirta Bonnin (Universidad Nacional de Córdoba), Mariano Ramos (Universidad Nacional de Luján), Norberto Mollo (TEFROS), Víctor Durán (Universidad Nacional de Cuyo).

Diseño de Tapa:

Juan Chavero

Diagramación Interior:

Germán Sabena

Curaduría:

María Cecilia Stroppa (Universidad Nacional de Rosario - CIUR)

Supervisión Gráfica del volumen:

Cecilia Grazini

Propietario Responsable:

EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE RÍO CUARTO

Ruta Nac. 36 Km. 601 / (X5804) / Río Cuarto / Argentina

Tel.: 54 (0358) 467 6332 / Fax.: 54 (0358) 468 0280 / E-mail: editorial@rec.unrc.edu.ar

Web: <http://www.unrc.edu.ar>

UNIVERSIDAD NACIONAL DE RÍO CUARTO / FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Laboratorio de Arqueología y Etnohistoria

Ruta Nac. 36 Km. 601 / (X5804) / Río Cuarto / Argentina el.: 54 (0358) 467 6297 / Fax.: 54 (0358) 468 0280

Contacto: revista.laboratoriounrc@gmail.com

Decreto-Ley 6422/57 de Publicaciones Periódicas.

ÍNDICE GENERAL

NOTA A LECTORES	II
EDITORIAL	13
USO DE MATERIALES PERECEDEROS EN LA OCUPACIÓN DEL DESIERTO: EL CASO DEL VALLE DE CHICAMA, PERÚ	17
César A. Gálvez Mora	
EL CONTROL INCAICO DE LAS TIERRAS BAJAS CUYANAS. UNA EVALUACIÓN DEL MODELO DE ENCLAVES	39
Alejandro García	
ARQUEOZOOLOGÍA DEL ALERO CARRIQUEO	63
Agustín Cordero	
¿UN EXORCISMO EN EL CONVENTO DE SANTA CATALINA DURANTE EL SIGLO XIX (BUENOS AIRES)?	81
Daniel Schavelzón	
LAS ARMAS EN LA FRONTERA DEL RÍO CUARTO (1852-1870).....	93
Marcela Tamagnini, Ernesto Olmedo y Alicia Lodeserto	
EL COMBATE DE LA LAGUNA AMARILLA: UN ROMPECABEZAS HISTÓRICO	115
Graciela Rosa Santamaría	
SISTEMA DE DISPERSIÓN DE LA FORMACIÓN DISCURSIVA SOBRE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS DE LAS SIERRAS DE CÓRDOBA	133
Nicolás Debernardi	
RESEÑAS	151

¿UN EXORCISMO EN EL CONVENTO DE SANTA CATALINA DURANTE EL SIGLO XIX (BUENOS AIRES)?

*Daniel Schávelzon**

Fecha de presentación: 28 de febrero de 2011. Fecha de aceptación: 29 de abril de 2011.

Resumen

En trabajos de arqueología de rescate en un convento construido en el siglo XVIII se encontró un pozo con un objeto metálico que representaba un Macho Cabrío, con cornamenta y alas. Este había sido quemado y enterrado en un evento de difícil explicación. Se puede suponer que, si bien pertenecía a un macetero francés usado como ornamento en su época, ese fragmento, grande y pesado, pudo interpretarse como una imagen diabólica y por ende fuera fruto de algún evento de exorcismo entre las monjas del convento.

Palabras clave: arqueología urbana - exorcismo - Buenos Aires - monjas - rescate arqueológico.

Abstract

During the rescue archaeological operations at the Santa Catalina nuns' convent on Buenos Aires, a pit was discovered. In it an iron figure with diabolic reminiscence was fired and buried. The figure was an ornament from a French sculpture; but what we found was probably part of an exorcism ritual developed on the central patio of the convent during the second half of XIXth century.

Key words: Urban Archaeology - exorcism - Buenos Aires - nuns - rescue archaeology.

* Conicet y Centro de Arqueología Urbana. E-mail: dschav@fadu.uba.ar

Introducción

La existencia de exorcismos es un tema conocido en el Cristianismo desde que en la Biblia figuran casos hechos por el mismo Jesús. Es el poder de expulsar al diablo de personas u objetos. Este accionar fue mermando en la medida en que se secularizó la sociedad, en especial en las grandes ciudades, siendo ya un tema poco habitual y más de Hollywood que de la religión, quedando más encerrado en las tradiciones católicas dentro del Cristianismo general. Pero si bien de acuerdo a la información de los documentos escritos, sabíamos que existieron estos casos, era casi imposible encontrar evidencia arqueológica; al parecer un hallazgo casual permitiría entender un evento de esta naturaleza aunque no hecho siguiendo las reglas establecidas en la materia.

Durante el año 2001 la realización de obras de arquitectura en el convento e iglesia de Santa Catalina de Siena en Buenos Aires, edificada entre 1745 y 1755, con el objeto de instalar allí un evento de beneficencia, motivó que el Gobierno de la Ciudad a través de la Dirección General de Patrimonio hiciera la supervisión arqueológica. Por la antigüedad y significado del sitio era obvio que al excavar para instalar cañerías habría una fuerte presencia arqueológica que debía protegerse y estudiarse. La intención original era que, en la medida en que los antiguos pisos iban a ser excavados para el paso de instalaciones o para cambiar los sectores deteriorados, hubiera arqueólogos y conservadores para preservar lo que se hallara en esas operaciones. Este control permitiría el que se obtuvieran todos los datos conexos posibles y se preservara un patrimonio histórico que con toda seguridad debía existir en un sitio intocado durante tanto tiempo. No estaba previsto realizar un *proyecto de investigación* para lo cual no había tiempo ni fondos adecuados, lo que es habitual en la llamada «arqueología municipal» (Schávelzon 1998, 2000). Se trataba del convento de monjas más antiguo de la ciudad, construido a inicios del siglo XVIII y que había conservado al menos un claustro sin alteraciones importantes (Millé 1957; Quesada 1853; Sobrón 1997).

La realidad del trabajo y la inmensidad de lo encontrado llevó a desdoblar las tareas: hacer la supervisión de las obras de arquitectura por una parte, a la vez que se determinó la excavación sistemática de un enorme pozo de lo que fue identificado como el sitio de los *lugares comunes*, forma habitual de llamar a los baños o letrinas en el siglo XVIII. Esto último contribuyó para que se diseñara un proyecto acerca de las condiciones de vida las monjas en los inicios de su instalación en el convento y cuyos resultados han sido en parte publicados (Schávelzon y Silveira, 2005 y 2006).

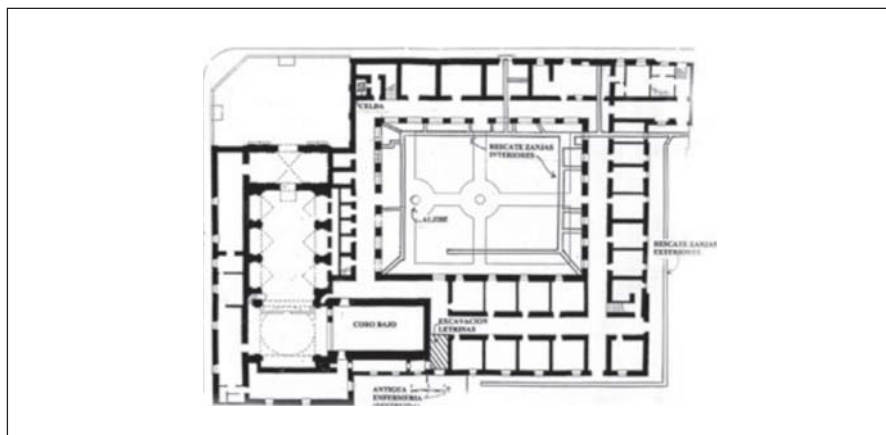


Figura 1.

Convento e iglesia de Santa Catalina de Sena en la actualidad, el hallazgo se hizo en las zanjas interiores al centro donde está la marca circular.

Quien haya hecho trabajos de rescate arqueológico en obras públicas sabe que el seguir lo que se excava para zanjas por operarios y empresas comerciales es una tarea difícil, ya que las maquinarias siempre van más rápido y que constantemente se destruyen evidencias o al menos los contextos de los objetos. Pese a eso siempre es posible rescatar grandes cantidades de información que de otra forma se perderían totalmente. Es cierto que la Ley debería obligar a otras soluciones y el Estado dar otros recursos, pero la realidad es esta: se hace el máximo que se puede.

El trabajo de supervisión de la excavación de zanjas en diferentes zonas del conjunto sólo fue, por lo dicho, una operación de rescate de lo que se iba hallando a medida que se excavaban cerca de 250 metros lineales de terreno y construcciones. Estas a veces llegaron a los dos metros y se hacían con maquinaria. Por otra parte era tanto lo hallado a cada palada mecánica, por la riqueza del edificio y su historia, que si bien dio información significativa debe haber sido mucho lo perdido. Se hicieron zanjas en el exterior y el interior del convento, se excavó dentro de celdas y se cambiaron pisos por doquier. Intentaremos restringirnos a la operación de salvataje en las zanjas hechas en el claustro.

Las tareas de rescate arqueológico

La excavación de las zanjas para cañerías hechas en el interior del convento tenían el perfil estratigráfico básico de todo el sitio marcado por una fuerte secuencia de eventos que se producen entre los 0.75 y 1.20 m de profundidad –por



Figura 2.

El lugar del hallazgo en el cruce central de cañerías del claustro.

lo general la parte superior ha sido intervenida en tiempos recientes-, hasta llegar a la tosca, tierra natural intocada, de gran contenido de arcilla y previa a toda ocupación humana del terreno. Sobre la tosca original hay una capa de tierra negra, el humus o tierra fértil antigua que presenta pocos restos, los que pueden fecharse entre el final del siglo XVI y el inicio del XVIII: algunos huesos de animales, cerámicas y escombros. Generalmente está limpia, lo que corresponde bien a la documentación escrita que indica que el sitio casi no estaba ocupado antes del convento y por eso sirvió para una obra de esas dimensiones cuando la ciudad ya estaba creciendo. Sobre ese nivel inicial el constructor colocó una capa de polvo de ladrillo de 2 cm de espesor. Esto, que en los perfiles parece un piso antiguo, es una técnica constructiva muy hábil y habitual en Buenos Aires colonial, usada para emparejar el suelo, afirmarlo y aislarlo de la humedad. Sobre esa capa se colocó otra de 30 cm de espesor de la llamada tosca, usada como relleno, limpia de restos culturales y que fue una gran operación para nivelar del terreno natural original. Encima de ésta se colocó una nueva capa de polvo de ladrillo de 2 cm y de allí para arriba tenemos los rellenos y evidencias de uso desde el siglo XVIII inicial a la actualidad; el nivel superior está muy alterado por obras de la década de 1970.

Las obras hechas en el patio del claustro permitieron hallar, además del pozo con el posible evento que creemos como un exorcismo y que luego describimos, diversas evidencias constructivas de sectores edilicios ya destruidos y una cantidad de objetos relacionados con la vida doméstica del convento. Estas últimas formando tres tipos de conjuntos: el de lo usado como parte de la decoración del jardín, el de lo posiblemente extraviado y lo que fue enterrado como basura o como rellenos o con otros fines. Lo describimos muy someramente sólo con el afán de entender los que pudimos observar en el claustro en función del hallazgo central que queremos discutir.

En primer lugar está lo utilizado como macetas, maceteros y canteros cuyos fragmentos han sido de una variedad inusitada. Un conjunto que llamó la atención por su antigüedad es el de dos grandes tinajas rotas, de manufactura hispano-americana, pintadas de rojo en la tradición indígena aunque con forma hispánica, con decoración renacentista en pintura blanco, que fueron halladas en fragmentos. Se trata de objetos antiguos para la ciudad que si bien pudieron formar parte de la decoración inicial del jardín deben remontarse al siglo XVI, es decir que ya eran antiguas cuando se usaron y su origen debe estar en la ciudad de Santa Fe la Vieja. Con los años fueron reemplazados por otros maceteros que se fueron rompiendo hasta llegar a las macetas modernas. La variedad de este tipo de recipientes es grande y muestra que la jardinería era importante para las monjas. Llamó la atención un cantero para plantas enterrado a casi un metro hecho con envases de vidrio y formado por veintisiete botellas clavadas de punta —y cientos de fragmentos—. La mitad de ellas eran de agua mineral Krondorf usada hacia 1900, envasada por Julio Kristufer, la otra mitad de las botellas eran de licor Bitterquelle envasado por quien usaba el nombre heroico de Hunyadi Janos y eran hechas por Saxlehners en la misma fecha. Hubo frascos de productos farmacéuticos del siglo XIX tardío y de todo el siglo XX provenientes de farmacias locales. De lo posiblemente perdido en el jardín hay desde bolitas de vidrio (canicas) a monedas, cadenas para cruces, caireles de cristal y adornos que debieron ir a parar al barro durante días de lluvia.

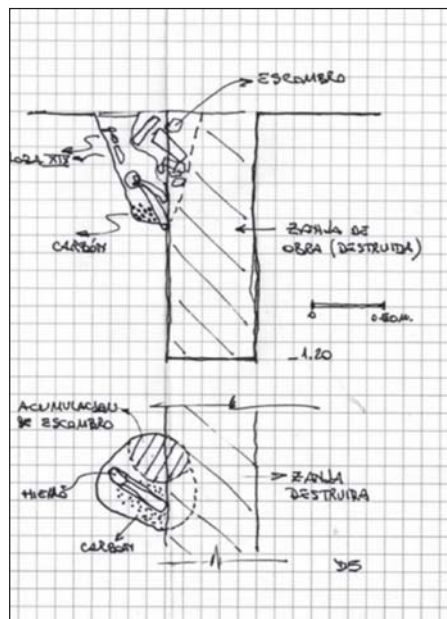


Figura 3.

Relevamiento de la zanja y el hallazgo del pozo con el entierro del posible exorcismo.

De lo enterrado a propósito uno puede preguntarse qué sentido tiene que en el patio de un claustro se entierren objetos: es difícil de explicar pero son cientos los objetos hallados, entre marmitas de hierro de tres patas que aún están en buen estado por lo que deben haberse descartado estando en servicio, hasta fragmentos de platos, vasos, botellas y frascos, huesos, azulejos, materiales de construcción, candelabros y una lista casi interminable. Es posible que cada uno de ellos tenga su historia, ésta es la reconstrucción —altamente hipotética— de sólo uno de ellos y su contexto.

La presencia de las marmitas de hierro y una olla de cobre llama la atención. Su utilización está documentada desde los primeros tiempos donde entre los bienes heredados al fallecer Juan de Narbona, constructor del edificio y figuraban como «dos ollas de fierro y un tacho» y «una olla de fierro grande, otra chica, un tacho grande de cobre, dos chicos, dos calderas» (Millé 1955:270). Que las monjas enterraron objetos lo tenemos descrito y al menos lo hicieron para evitar el saqueo de los objetos sagrados por los ingleses durante la primera invasión de 1806, donde no se salvaron «los pocos vasos sagrados que no se habían enterrado» (Udaondo 1945:58).

Mientras se hacía la zanja para las cañerías del lado norte del atrio los operarios encontraron en una de las paredes una acumulación de escombros que procedieron a desarmar para colocar sus caños. Al observar nosotros el lugar entendimos que se trataba de escombros viejos enterrados el que si bien no era muy antiguo sí eran ladrillos mayores que los modernos. Y el espacio en que estaban dispuestos aparentaba ser una excavación anterior, circular, que había sido interceptada por las obras modernas. Así que se decidió su limpieza excavando desde arriba, para encontrar que efectivamente se trataba de un pozo de 0.60 m de profundidad, hecho a pala, de poco más de 0.50 m de circunferencia en la parte superior. Al profundizarlo el sector no alterado por la zanja notamos la presencia de dos fragmentos de loza inglesa Whiteware del tipo Floreal (generalmente pos 1850 en Buenos Aires y dejado de usar para 1890-1900) y un vidrio de botella inglesa de vino siglo XIX. Esto daba al menos una primera aproximación cronológica en la segunda mitad de ese siglo.

El hallazgo del Macho Cabrío

El continuar hacia abajo la limpieza permitió encontrar un objeto de hierro oxidado de gran tamaño y peso, que descansaba sobre un lecho de carbón vegetal. Esto nos permitió reconstruir el proceso de formación del lugar como una excavación hecha en la segunda mitad del siglo XIX para enterrar un objeto metálico pesado junto con carbón de un fuego en el que debió haber sido intentado quemar. Durante el relleno posterior del pozo, tras apagarse el fuego, fue cuando

entraron los fragmentos de lozas y el vidrio que venían en la tierra y se terminó la operación con escombros apisonados para nivelar el terreno. Esto no es más que una reconstrucción hipotética de los eventos, pero la restauración del objeto de hierro permitió reafirmar lo observado. Retirarle el óxido no fue tarea sencilla y posiblemente las restauradoras lo detallan por su parte en otros trabajos. Por la nuestra debemos decir que se trataba de una figura en relieve, de varios kilos de peso, que mostraba un macho cabrío, una figura mitológica que se caracteriza por su cabeza y cuernos de cabra, alado (un ala estaba quebrada), y el cuerpo antropomorfo y muy curvo estaba desdibujado por la profusa ornamentación. El fuego quemó casi totalmente la pintura gris que alguna vez lo cubrió y luego el óxido.



Figura 4.
El objeto de hierro después de su restauración.



Figura 5.
Detalle de la cabeza con cuernos en que se observan restos de pintura gris.

Interpretación

Por la curvatura y los restos de hierro unidos a la figura se dedujo que su función original era de servir de manija lateral de un gran macetero de hierro, típicamente francés y del siglo XIX, a similitud de los muchos que aun adornan edificios públicos de la ciudad de Buenos Aires. Fue una moda en el mundo iniciada hacia 1830, difundida con las grandes exposiciones internacionales europeas en la década de 1850 y que llegó hasta la Primera Guerra Mundial.

Pero el contexto en que se encontró, desprendido de su copón de pertenencia, quemado y enterrado en el patio de un convento, es algo que nos habla de una situación especial; ya no se trataba de un ornamento olvidado. ¿Pudo haber sido un evento de exorcismo?, ¿pudo haberse pensado que se trataba de una figura diabólica con sus enormes cuernos? Es cierto que éstos están más que destacados y que ante una mirada apurada y cargada de religiosidad se lo podría interpretar como una imagen del Diablo; pero el Macho Cabrío, o en este caso casi un león cabrío, no es por cierto Satanás como tanto se repite. Desde Grecia en donde nació fue símbolo de la fertilidad y con el tiempo derivó en el dios Pan. Fue el cristianismo católico el que lo uso para personificar una imagen del Diablo, aunque otros cristianos lo niegan en especial los evangelistas y otros ritos protestantes que hacen una lectura más detenida de la Biblia. Para el siglo XIII se lo asoció a *Baphomet* para justificar la matanza de los Templarios, luego se lo unió a las supuestas festividades satánicas de los aquelarres, justificando nuevamente la quema de personas desde la Edad Media. La figura derivaba de él más conocida es el *Sátiro*, mezcla con cabra en todo el cuerpo y conexas con el sexo y el libertinaje.

¿Pudo alguien, al encontrarlo roto o abandonado en algún sitio de la ciudad y desprendido de su macetero de pertenencia que le daba explicación, creer que era una imagen diabólica y lo llevó al convento en donde la credulidad hizo que lo quemaran y enterraran? Imposible saberlo, pero posible.

La pregunta que nos hacemos entonces es si había exorcismos en los conventos y de qué tipo. Este tema no ha sido simple de dilucidar por la complejidad del acceso a la documentación del convento que aún está en poder de las monjas de clausura y en lo poco publicado hasta la fecha nada ha surgido (Braccio 1999 y 2000, Fraschina 1997). En primer lugar el ritual de exorcizar nunca tuvo reglas estrictas aunque había instrucciones a seguir al menos desde el siglo VI. De todas formas era una accionar bastante informal aunque siempre hubo tradiciones que se respetaban: debía ser hecho por un hombre, generalmente un sacerdote aunque los laicos podían implorar o hacer *plegarias de liberación*. Era entendido como una función delegada por Cristo —quien lo hizo en la Biblia siete veces— y

por ende era sólo un poder temporalmente usado por quien estaba autorizado y no era algo propio del sacerdocio. Debía estar autorizado el acto sólo por el obispo y era considerado como de carácter excepcional y se debía pagar por hacerlo, debía haber una transacción entre quien lo encargaba y quien lo hacía porque existía el peligro de que el exorcista quedara él mismo con el demonio en su cuerpo. No tenemos noticia alguna del uso del fuego en el ritual establecido si no que la ceremonia era verbal, increpante y se azuzaba al demonio mediante la agresión no física de objetos litúrgicos, siendo lo habitual una cruz. Pero las plegarias para liberar a una persona o a algo poseído no estaban regladas; y hay que recordar que no sólo la gente lo estaba, podía haber demonios en los objetos, las casas y hasta en ciudades enteras. Y el quemar objetos, imágenes y hasta personas poseídas fue una larga tradición inquisitorial aunque eran *autos de fe* y no exorcismos.

La bibliografía consultada no parece tomar en cuenta el tema y menos oficialmente; quizás por pruritos diversos son pocos los casos en nuestra historia que han sido bien documentados, pero casi nada sabemos de lo que sucedía dentro de los conventos y menos los de clausura. Más aun cuando en el siglo XIX tardío las reglas fueron más laxas que en la Colonia y el contacto entre monjas, sacerdotes, servidumbre —ya no tenían esclavos—, alumnas y la jerarquía eclesiástica masculina era más fluida. Es por eso que, aunque hipotéticamente, pensamos que no debió tratarse de un exorcismo oficialmente aceptado si no una acción menos reglada hecha por las monjas; que al enfrentarse a la figura —quizás dejada por un feligrés—, se intentó quemarla y enterrarla con rezos y agua bendita; no era algo prohibido el hacerlo, quizás un poco irregular pero nada más que un reacción interna ante una agresión —o no- externa.

La explicación desde la cultura material

La imagen que describimos como la de un Macho Cabrío resultó ser una manija de macetero. Este tipo de ornamento en hierro o bronce fue muy usado como decoración, sin simbolismo o intencionalidad alguna, y por su fuerza expresiva sirvió en el siglo XIX para jarrones, maceteros y hasta papel pintado para paredes, como en este caso que queremos demostrar. Por su forma debió pertenecer a una manija de un copón —a veces erróneamente llamados vasos—, que alcanzan 1 m de altura y que llegaban en barco desde Francia. La mayor parte de los existentes en la ciudad vinieron de la fábrica Val D'Osne en donde se los hacía desde la década de 1830. Para la mitad de ese siglo y aprovechando la enorme difusión mundial que tuvieron las grandes exposiciones del Crystal Palace y las de París a partir de 1851, la fábrica tuvo una estrategia de ventas muy activa,

vendiendo en especial esculturas y fuentes. Sus formas peculiares y sus dimensiones colosales hacían juego con los grandes edificios que los nuevos estados nacionales estaban erigiendo por todo el mundo, a diferencia de los estilos de las realidades que los precedieron. Buenos Aires no fue una excepción y aun hay docenas de estas obras dispersas por todo el país.



Figura 6.

Macetero de gran tamaño que ornamenta la entrada de la Casa de Gobierno de Buenos Aires, fabricado en Francia a finales del siglo XIX, nótese que es idéntico al hallado (foto archivo DGPelH).

Es en extremo difícil aseverar que haya habido un evento tan peculiar, que se haya producido un exorcismo no reglado o algo similar en el patio de un convento a finales del siglo XIX, ante la poca evidencia arqueológica y las condiciones del hallazgo. Sólo tenemos el objeto, el entierro con su contexto cerámico y mucho carbón, además de lo insólito de la situación. También resulta interesante que haya sido hecho en el atrio -lugar sin techo pero a la vez sin visión desde afuera-, y no en el cementerio, en la huerta o cualquiera de los amplios terrenos en torno al convento, ni siquiera en la gran casa para los esclavos o en sus patios en la manzana de enfrente. Quizás esto refuerce la hipótesis de que lo que estaba sucediendo era algo importante y no debía verse desde el exterior. Como muchas veces pasa, la arqueología abre preguntas pero no puede dar respuestas definitivas.

Agradecimientos

Al Gobierno de la Ciudad que nos facilitó las fotografías y documentos de

las esculturas urbanas usadas en este artículo y a Patricia Frazzi las fotos de excavación y de los objetos. La restauración fue hecha por Silvia Álvarez y las fotografías son de Patricia Frazzi.

Referencias Bibliográficas

- 1999 Para mejor servir a Dios: el oficio de ser monja, *Historia de la vida privada en la Argentina: país antiguo, de la Colonia a 1870* I: 225-245, Buenos Aires.
- BRACCIO, G. 2000 Una ventana hacia otro mundo: Santa Catalina de Sena, primer convento femenino de Buenos Aires, *Colonial Latin American Review* 9-2: 187-212.
- FRASCHINA, A. 1997 Los conventos de monjas en el Buenos Aires del siglo XVIII: requisitos para el ingreso, *2º Congreso Argentino de Americanistas* II: 91-115
- GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES 2006 *Guía del Patrimonio cultural de Buenos Aires, IV: arte metalúrgico francés*, DGPat, Buenos Aires.
- MILLE, A. 1955 *El monasterio de Santa Catalina de Sena de Buenos Aires*, edición del autor, Buenos Aires.
- QUESADA, V. 1863 Noticias históricas sobre la fundación y edificación del convento de monjas catalinas en Buenos Aires, *La Revista de Buenos Aires*, III: 38-84.
- SCHÁVELZON, D. y M. SILVEIRA 2005 *La vida cotidiana en un convento colonial: Santa Catalina de Siena a través de la Arqueología*, Mundo de Antes, 4:105-126.
- SCHÁVELZON, D. y M. SILVEIRA 2006 Estudios de Arqueología histórica: investigaciones argentinas pluridisciplinarias: 171-186, Museo de la Ciudad de Río Grande.
- SOBRON, D. H. 1997 *Giovanni Andrea Bianchi, un arquitecto italiano en los albores de la arquitectura colonial argentina*, Corregidor, Buenos Aires.
- UDAONDO, E. 1945 Reseña histórica del Monasterio de Santa Catalina de Sena en Buenos Aires, Talleres Gráficos San Pablo, Buenos Aires.

